

Perdido y encontrado

Encontré al niño al anoecer.

La ventisca era muy fuerte y pronto oscurecería.

Apenas podía verlo a causa de la nieve que se estrellaba contra mí. Ahí estaba: de pie, temblando, en el borde del lago congelado.

No traía gorro y su cabello parecía una plasta rubia sobre la cabeza.

De pronto una rama se rompió y le cayó a un costado; él se apartó de un salto y vio

cómo yo me acercaba a través de la fuerte ventisca.

Le olisqueé la mano con cuidado. Noté que no me tenía miedo.

Tenía miedo de la tormenta. Pude ver lágrimas secas en su cara.

Me llevó con su hermana, que estaba agachada debajo de un árbol muy grande, envuelta en una cobija. Era menor que él, tendría unos ocho años. El niño la arropó aún más con la cobija.

A ella también la olisqueé. Cuando se puso de pie, mis ojos se encontraron con los suyos.

Yo iba a cuidar a estos niños.

Debí decírtelo desde el principio, soy un perro, pero me crié entre palabras. Un poeta llamado Sylvan me encontró en un refugio y me llevó a su casa. Frente a la chimenea extendió un tapete rojo para que yo me acostara y crecí escuchando el sonido de su teclado mientras él escribía.

Escribía todo el tiempo y me leía. Leía a Yeats y a Shakespeare, a James Joyce, a Words-

worth, a Natalie Babbitt y a Billy Collins. Me leyó *La telaraña de Carlota*; *El león, la bruja y el armario*; *La niña de la mañana*; y mi libro favorito: *El hombre de la carreta tirada por un buey*. Así aprendí cómo las palabras se seguían unas a otras y sentí cuánto reconfortan.

Aunque yo entiendo las palabras, sólo hay dos tipos de personas que pueden entenderme cuando hablo. Eso me lo explicó Sylvan alguna vez:

—*Los poetas y los niños —dijo Sylvan— somos iguales. Cuando no puedas encontrar a un poeta, busca a un niño. Recuérdalo.*

Recuérdalo.

El niño se apoyó en mí para que el viento no lo tirara.

—¡Auxilio! —exclamó.

Yo sabía lo que significaba esa palabra.

Y Sylvan me había enseñado algunas cosas sobre rescatar.

Yo los salvaría como Sylvan me había rescatado a mí.

El niño tomó a su hermana de la mano y me siguieron. Atravesamos el bosque a toda prisa, pasamos por la roca gigante y llegamos hasta el camino que conducía a la cabaña en donde yo dormía desde que Sylvan se había ido. Apenas habían pasado tres días de eso. Yo también había aprendido a contar:

Un día con su noche: uno.

Un día con su noche: dos.

Un día con su noche: tres.

¿O habían pasado cuatro días? Estar solo causa cierta confusión al llevar la cuenta del tiempo.

Los alumnos de poesía de Sylvan se turnaban para alimentarme. Ellie, mi favorita, sabía que yo no podía dormir en casa cuando Sylvan no estaba. Ella me habría llevado a la suya, pero también sabía que yo no podía dejar la cabaña.

El niño me puso una mano en el cuello. Eso me gustó. Sylvan solía pasear por el bosque

con su mano en mi cuello. A veces hablaba en poemas.

Me dieron ganas de llorar, pero aquí tienes otra verdad: los perros no podemos llorar. Podemos sentir pena y tristeza.

Pero no podemos llorar.

—¿A dónde vamos? —preguntó la niña con una voz clara como una campana. El viento le arrojaba el cabello a la cara.

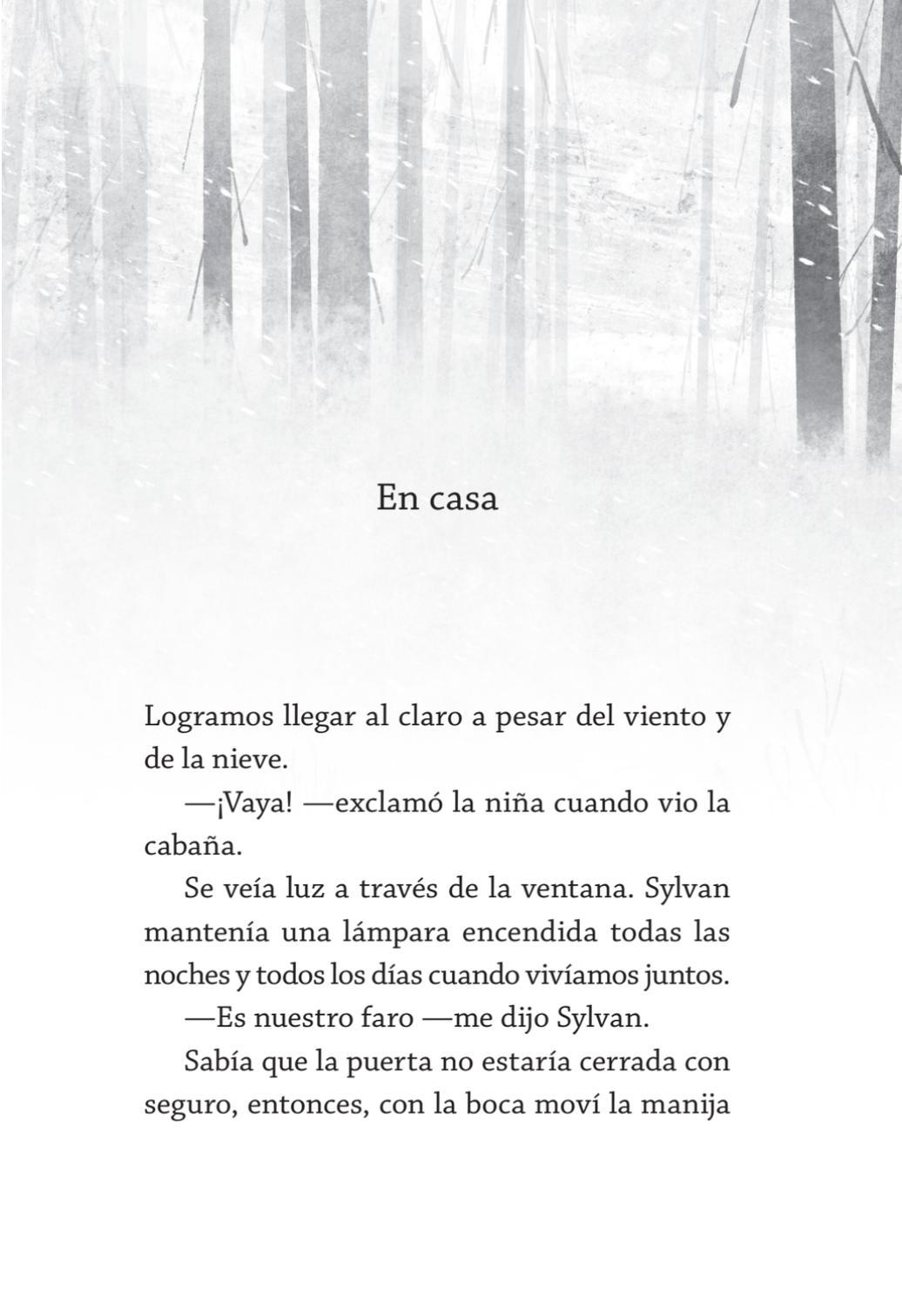
—A casa —dije, mientras hablaba con ellos por primera vez.

A ella no le sorprendió que yo pudiera hablar.

Acercó su cara a mi oído así que pude sentir su aliento tibio.

—Gracias —susurró ella.

Me hubiera gustado poder llorar.



En casa

Logramos llegar al claro a pesar del viento y de la nieve.

—¡Vaya! —exclamó la niña cuando vio la cabaña.

Se veía luz a través de la ventana. Sylvan mantenía una lámpara encendida todas las noches y todos los días cuando vivíamos juntos.

—Es nuestro faro —me dijo Sylvan.

Sabía que la puerta no estaría cerrada con seguro, entonces, con la boca moví la manija

para abrirla. Sylvan me había enseñado cómo moverla hacia abajo para que así pudiera entrar y salir cuando quisiera.

Dejamos atrás los aullidos del viento y nos adentramos en la quietud del espacio.

Los niños se quitaron los abrigos y yo me sacudí la nieve del cuerpo.

—Me llamo Flora —dijo la niña—. Tengo frío. Mi cobija está mojada. Él es Nickel —añadió señalando a su hermano.

—Me llamo Nicolás —dijo—. Flora me dice Nickel de cariño.

—Yo soy Teddy —respondí—. Nickel sueña bien.

Estábamos a oscuras excepto por la luz de nuestro faro. Nickel prendió dos lámparas.

—¿Sabes cómo encender el fuego? —le pregunté—. Hay leña y ramas en la chimenea.

Nickel asintió.

—Ya casi tengo doce.

Flora colgó su abrigo en un gancho que había en la puerta.

—¿Por qué están perdidos? —pregunté.

—El coche se patinó hacia un banco de nieve y mi mamá no pudo encenderlo de nuevo —dijo Flora.

Nickel había comenzado a amontonar un poco de leña y de ramitas en la chimenea, luego tomó los cerillos de la repisa.

—Mamá olvidó el celular en la casa. Y cuando vio que había luz en una cabaña un poco más adelante en el camino, donde una familia había estado paleando para quitar la nieve, nos dejó en el coche para ir a pedirles ayuda —explicó el chico.

—Se fue por mucho tiempo —explicó Flora.

—Nos podíamos haber quedado en el coche, pero unas personas tocaron a la ventana y nos dijeron que tenían que usar una grúa para arrastrar el coche fuera del camino antes de que se cubriera de nieve —dijo Nickel—. Flora estaba asustada.

—Nickel también estaba asustado —añadió Flora haciendo sonreír a su hermano.

Entonces, las llamas de la chimenea comenzaron a bailar por todo el cuarto y nos calentaron. Era el primer fuego en días. Flora se acercó a la computadora de Sylvan y la tocó.

Casi puedo ver a Sylvan en la luz que produce el fuego, con su pelo gris igual que el mío, su pelo gris en la cabeza y en la cara. Más tarde, al aprender nuevas palabras, supe que eso se llama barba.

Recuerdo la primera vez que usé palabras para hablar con él. Me había leído El hombre de la carreta tirada por un buey muchas veces porque sabía que me encantaba.

—El hombre de la carreta tirada por un buey es un poema —digo y me sorprendo de mi propia voz.

Sylvan deja de mirar su computadora y me ve a mí, sonriendo.

—¡Sí!

Se le salen las lágrimas de los ojos y yo me acerco para lamerlas.